
Historia ambigua: inercia de la nación cultural

Héctor Meléndez

*Departamento de Ciencias Sociales
Facultad de Estudios Generales
Universidad de Puerto Rico, Río Piedras*

Durante la década de 1960 y principios de los setenta, el entonces gobernador y fundador del anexionismo moderno, Luis Ferré, argumentaba que Puerto Rico era “la patria” de los puertorriqueños mientras Estados Unidos era la “nación”. Los anexionistas han vuelto a esgrimir este argumento en meses recientes. En los años setenta el entonces gobernador Rafael Hernández Colón—identificado con el Estado Libre Asociado (ELA) y líder del Partido Popular Democrático—evadía identificar a Puerto Rico como nación y decía que era “un pueblo”. En años recientes, sin embargo, Hernández Colón se hizo eco del argumento de que la Isla es nación. En 1995 y 1996 el gobernador anexionista Pedro Roselló insistió en que Puerto Rico no era una nación. El tono acalorado de su aseveración se correspondía con la polémica que le presentaba el sector “puertorriqueñista”, es decir, independentistas y antianexionistas en sus diversos matices (incluyendo favorecedores del ELA y “autonomistas”). En la discusión para aprobar el proyecto Young en la Cámara de Representantes de Estados Unidos el 4 de marzo de 1998, el anexionista Comisionado Residente en Washington, Carlos Romero Barceló, insistió en que la Isla es “una comunidad” en vez de una nación. Días antes el representante demócrata por California, George Miller, había negado que Puerto Rico fuese una nación en un sentido geopolítico, indicando que es sólo un “territorio”, de acuerdo con la ley estadounidense.

Este escrito invitará a apreciar el argumento de los anexionistas de Puerto Rico y de políticos y funcionarios del gobierno de Estados Unidos, de que la Isla está lejos de ser una nación en lo geopolítico y en el sentido que normalmente se le da a la palabra en el

mundo moderno, aunque sea una entidad cultural, un pueblo o una "nacionalidad" distinta a Estados Unidos y a los demás países. Al abordar la cuestión, que he tenido la oportunidad de tratar antes (Meléndez 1994), evito la inclinación positivista que supone una verdad objetiva independientemente de quien la ve—o sea, la construye—a la vez que admito la realidad objetiva como resultante del orden social dominante y global. Muchas de mis premisas y conclusiones esenciales están en el extremo opuesto de las de los líderes anexionistas y funcionarios norteamericanos. Sin embargo, por estos líderes y funcionarios expresar el punto de vista dominante del modo de producción y las ideologías que rigen al mundo, indican un realismo que a veces falta a quienes quisieran una sociedad diferente aunque no haya el movimiento social real para producirla. El realismo capitalista e imperialista coincide con mi punto de vista en ciertos extremos, al menos formales. Este punto de vista se aproxima con el mayor realismo posible a la sociedad y la cultura puertorriqueñas para poder transformarlas, es decir, para crear efectivamente una nación, y una nación distinta a la del modo de producción y la ideología que rigen al mundo.

El debate sobre el llamado status político de Puerto Rico da curso a pasiones acaloradas entre las élites políticas tradicionales que, sin embargo, las más de las veces distan de arribar a puerto alguno. Más bien constituye una suerte de folclor isleño en que las élites se reproducen a sí mismas, en combinación con los medios de comunicación, legitimando el orden sociopolítico criollo colonial. Es una cultura de pasiones burguesas inocuas, en tanto en el plano socioeconómico Puerto Rico se integra progresivamente a Estados Unidos, como cuestión de hecho.

La retórica política en Puerto Rico ha sido bastante más abultada que la historia de las fuerzas productivas: sólo después de casi cuatro siglos y medio éstas se han hecho terreno para proyectos reales propios del país. El partido de los hacendados de principios de siglo XX no pudo unificar a la "familia puertorriqueña". Después lo nacional o nacionalista fue constituido esencialmente por reacciones diversas a la destrucción del capital puertorriqueño a manos del norteamericano, mientras los intereses locales se integraban a los imperiales por medio de la plantación azucarera y del ideal de progreso moderno representado por Estados Unidos. Fue después de 1945 que las fuerzas productivas dieron un gran salto moderno a la vez que se consolidó, con el muñocismo—y el populismo y la democracia social que lo acompañaron—la presencia estadounidense en la Isla. La "lentitud" de la formación moderna de

fuerzas productivas generó una tradición de inercia que aumenta la ansiedad de la retórica por formar su objeto histórico. La escasez de proyectos nacionales (para construir una soberanía económico-legal) en los últimos cien años contrasta con la incesante oralidad y literatura ideológicas y el protagonismo del discurso político. La separación geofísica de Puerto Rico, una isla en el Caribe, parece alimentar el espíritu de diferencia sobre el cual se monta la imaginación "nacional".

Intelectuales e investigadores académicos se adhieren a una serie de asuntos programáticos, como por ejemplo que la nación alcanzará su liberación necesariamente, por alguna causa metafísica o ética, o que vivimos en un mundo en que la realidad nacional es menos real que antes. Por ejemplo, el título del reciente libro de Juan Manuel Carrión, *Voluntad de nación* (1996), sugiere que existe precisamente lo que ha faltado, es decir, voluntad de alguna clase social de formar un proyecto nacional en la Isla. Curiosamente, Carrión afirma que aún es temprano para predecir los resultados de la gestión independentista y, a pesar de la trayectoria de la Isla en el siglo XX, duda que el puertorriqueñismo sea compatible con la lealtad a Estados Unidos (Carrión 1996:177-180 y 157). En el otro extremo, el ninguneo de la independencia (y el socialismo), tan común en tiempos recientes, fue expresado por Carlos Pabón—independentista socialista en décadas anteriores—el 20 de marzo de 1997 durante un foro sobre la "estadidad radical", en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Puerto Rico.

En ciertos círculos, la intensidad del debate parece definir una crisis existencial de los intelectuales dedicados a las ciencias humanas, quienes encima de sufrir la crisis actual de estas ciencias a menudo se formaron en momentos de auge de culturas autonomistas, independentistas o socialistas que ya no están. Las dificultades psiconerviosas que ocasiona esta crisis histórica no deben subestimarse ni reducirse a broma; dibujan el balance de las luchas sociales en este fin de siglo. Parte de este balance es el avance aparentemente decisivo de las fuerzas que buscan anexar a Puerto Rico a Estados Unidos "definitivamente", si no en el plano legal-político, al menos en el social y cultural. Digo cultural en un sentido más antropológico que el de las bellas artes. La cultura es el modo de vivir en su conjunto, inseparable de las formas que representan la vida, incluyendo la economía, las tecnologías, los consumos y gustos, el dinero, la producción material y espiritual, el ambiente físico tanto natural como urbano y el derecho civil. En este sentido, cuando se dice que la cultura puertorriqueña es un

mundo moderno, aunque sea una entidad cultural, un pueblo o una "nacionalidad" distinta a Estados Unidos y a los demás países. Al abordar la cuestión, que he tenido la oportunidad de tratar antes (Meléndez 1994), evito la inclinación positivista que supone una verdad objetiva independientemente de quien la ve—o sea, la construye—a la vez que admito la realidad objetiva como resultante del orden social dominante y global. Muchas de mis premisas y conclusiones esenciales están en el extremo opuesto de las de los líderes anexionistas y funcionarios norteamericanos. Sin embargo, por estos líderes y funcionarios expresar el punto de vista dominante del modo de producción y las ideologías que rigen al mundo, indican un realismo que a veces falta a quienes quisieran una sociedad diferente aunque no haya el movimiento social real para producirla. El realismo capitalista e imperialista coincide con mi punto de vista en ciertos extremos, al menos formales. Este punto de vista se aproxima con el mayor realismo posible a la sociedad y la cultura puertorriqueñas para poder transformarlas, es decir, para crear efectivamente una nación, y una nación distinta a la del modo de producción y la ideología que rigen al mundo.

El debate sobre el llamado status político de Puerto Rico da curso a pasiones acaloradas entre las élites políticas tradicionales que, sin embargo, las más de las veces distan de arribar a puerto alguno. Más bien constituye una suerte de folclor isleño en que las élites se reproducen a sí mismas, en combinación con los medios de comunicación, legitimando el orden sociopolítico criollo colonial. Es una cultura de pasiones burguesas inocuas, en tanto en el plano socioeconómico Puerto Rico se integra progresivamente a Estados Unidos, como cuestión de hecho.

La retórica política en Puerto Rico ha sido bastante más abultada que la historia de las fuerzas productivas: sólo después de casi cuatro siglos y medio éstas se han hecho terreno para proyectos reales propios del país. El partido de los hacendados de principios de siglo XX no pudo unificar a la "familia puertorriqueña". Después lo nacional o nacionalista fue constituido esencialmente por reacciones diversas a la destrucción del capital puertorriqueño a manos del norteamericano, mientras los intereses locales se integraban a los imperiales por medio de la plantación azucarera y del ideal de progreso moderno representado por Estados Unidos. Fue después de 1945 que las fuerzas productivas dieron un gran salto moderno a la vez que se consolidó, con el muñocismo—y el populismo y la democracia social que lo acompañaron—la presencia estadounidense en la Isla. La "lentitud" de la formación moderna de

conjunto aparte de la de Estados Unidos, habría que añadir que la primera conecta con la segunda (y con corrientes globales) en gran número de áreas sociales, que la mayoría de los puertorriqueños siente como las más importantes.

En el caso puertorriqueño cualquier giro político invita al escepticismo. En la historia isleña se destacan la ambigüedad y la ambivalencia. El país parece tender hacia un lado y luego hacia otro y después hacia otro: las identidades que hay en él están en una tensión causada por la ausencia de ese gran objeto moderno que es el estado nacional. Históricamente ha habido una escasez de tradiciones en pro de proyectos nacionales (que separen a Puerto Rico de Estados Unidos, pues mucha gente interpreta el esfuerzo anexionista como un proyecto "nacional", al unir la Isla a la nación norteamericana), a la vez que ha sido muy reciente la modernización del país, o sea, la aparición de fuerzas productivas modernas. Esta combinación sugiere que "el problema" está lejos de decidirse. El país apenas empieza su historia.

El movimiento de afirmación nacional de Puerto Rico es "precoz" respecto a las Antillas colonizadas por Inglaterra y Francia, como señala Carrión (1996). Pero desde el siglo pasado los vínculos entre el separatismo puertorriqueño y la tradición nacionalista hispanoamericana contribuyeron en Puerto Rico a formar una fuerte narrativa de "nación hecha", cuya retórica aumentó en el siglo XX, a pesar de que sólo en décadas recientes el desarrollo ha creado las fuerzas productivas con qué concebir un proyecto nacional real. En el plano ideal, pues, Puerto Rico fue precoz en el siglo XIX pero en el real ha marchado lentamente en el XX o ha marchado hacia una integración con la metrópoli. Tal vez con menos retórica, las Antillas holandesas e inglesas formaron grupos interesados en el estado nacional y lo hicieron.

En la política dominante, la prisa por *resolver el status* es una ideología que se reanuda con nuevas legislaciones y anuncios de plebiscitos. Esta prisa podría responder al empeoramiento de la calidad de la vida social y ecológica del país en años recientes: una crisis que hay que conjurar. Añádase que la acumulación capitalista transnacional en Puerto Rico ha destruido el carácter de clase de los burgueses criollos, es decir, su capacidad de formar un proyecto para el país, lo cual se evidencia en estos años en el rápido declive del Estado Libre Asociado como proyecto económico e ideológico. La ansiedad política puede deberse indirectamente a esta destrucción. Al buscar "crear algo" a todo tren, en sentido anexionista u otro—pues hay un "vacío"—, los políticos contagian a los demás

engrosando, si no la personalidad colectiva del país, al menos sus egos. Se trata, en parte, de una cultura de abogados—el tipo de intelectual y profesional que domina la actividad política desde las primeras décadas del siglo (Quintero Rivera 1979:82)—para la cual resulta intolerable que la condición de “territorio” de la Isla viole la legislación federal, como dicen diversos congresistas norteamericanos, e internacional, como señalan los independentistas. Mientras tanto a las grandes masas en Puerto Rico les tiene sin cuidado esta anomalía legal, al extremo de que luce más prudente para los grupos dominantes tanto de la Isla como norteamericanos obviar la cuestión jurídica y aceptar que, en efecto, aquí existen una formación social y una sociedad civil moderna de relativa solidez, de manera quizá más decisiva que las leyes. De esto se aprovechan los favorecedores del *statu quo* del Estado Libre Asociado.

Por otro lado, la posibilidad de que las clases populares—en especial la clase obrera—intervengan en la política autónomamente de los grupos dominantes y retomen el ideal de una república diferente a la que ha sugerido el patriotismo tradicional, luce como una fantasía que interesa sólo a grupos hoy con prácticamente ninguna presencia pública. Sin embargo, no hay que subestimar que la política oficial indirectamente se monta sobre la premisa de que tal posibilidad “subversiva” está fuera del horizonte y *debe mantenerse fuera*. Un anticolonialismo radicalizado no aparecería de la noche a la mañana. Tendría que crear espacios de comunicación social que den forma a una historia en apariencia caótica sobre la cual las mayorías subalternas han reflexionado relativamente poco autónomamente de las ideologías dirigentes. Es historia contradictoria: de lucha étnico-nacional, si bien dispersa, y afirmación dentro del sistema estadounidense; de movimientos locales de comunidades, ambientales, sobre género, obreros, religiosos, y legislación oficial a menudo abordando sus temas; de subdesarrollo antillano y modernización a marcha forzada; de reclamos de derechos dentro del aparato norteamericano y deseo, si bien sutil, de la mítica posibilidad—típicamente caribeña—de una revuelta (James 1989).

Un énfasis materialista y realista

Por culturas populares me refiero a los espacios socioculturales subordinados; por clases populares me referiré a los grupos subordinados al gran capital y al Estado con respecto a las relaciones de

producción. Estoy lejos de pensar que las relaciones de producción y las fuerzas productivas constituyen la totalidad de la sociedad o de la nación, a la vez que las pienso como bases tanto de la sociedad como de la nación y el terreno donde, a fin de cuentas, descansa el carácter "histórico" de éstas, o sea, su posibilidad de narrarse a sí mismas y a la realidad. A juzgar por los textos recientes sobre nación, nacionalismo y etnia, es justo mucho del énfasis de que nación no equivale necesariamente a estado nacional, pues insiste en lo simbólico como materialidad o realidad. Además contribuye al respeto de comunidades cuyo carácter nacional ha sido despreciado o ignorado a causa de, por ejemplo, el colonialismo. Sin embargo, a la vez que hago acopio de la riqueza de los debates sobre cultura y nación, siento que el punto de vista materialista histórico resulta mínimamente indispensable. Al presente el marxismo sufre bastante marginación tanto en la academia como en la sociedad en general; un resultado es que la discusión de lo nacional oscila usualmente entre glorificar la nación y subestimarla de forma extrema.

El marxismo aprecia la nación moderna como parte del mundo burgués de mercado y de mercado mundial, y distingue nación de comunidad cultural (simbólica, bíblica, literaria) por atribuirle a la primera un sentido de proyecto histórico ideológico-material (Marx y Engels 1974). El texto fundacional de este realismo no pertenece al continente marxista ni es reciente en la teoría sobre el nacionalismo, sino el clásico *La riqueza de las naciones* de Adam Smith, de 1776. El sentido que imparte lo nacional a la vida no debe subestimarse ni un segundo; es esencial al mundo moderno y a la vida concreta de la gente. Es el sentido de que precisamente carece Puerto Rico, pues su cultura moderna—y muy moderna que es—se hizo de otra forma.

La nación es un proyecto, o sea, una visión, una ideología y un conjunto de mores, emociones, prácticas, instituciones, creencias y producciones, caminando en una dirección, la dominante. Es proyecto de grupos sociales que ejercen el liderato y el poder y que, para hacerlo, deben convocar con éxito al resto del entramado social. Por tanto el proyecto no es sólo del bloque dirigente sino del conjunto social, que lo hace suyo imaginaria y socialmente. Así, por ejemplo, la gente trabaja a diario porque no hay más remedio, pero además con ética y disciplina para contribuir supuestamente a que el país progrese, y le inculca este sentido a las nuevas generaciones. La nación es una ideología con que la gente se ubica en el mundo moderno y se despliega en la actividad productiva, refle-

xiva, significativa, comunal, personal, solidaria. No es, pues, que tener estado nacional sea indispensable para ser nación, sino que se requiere un proyecto que relacione de algún modo la comunidad con la idea del Estado o la formación del Estado, aunque no sea victorioso por el momento o tal vez nunca (si "nunca" existiera históricamente). Los grupos interesados en la formación nacional deben relacionarse con la cuestión del orden, el mercado y la producción, ya sea proponiendo su visión sobre estos asuntos o aproximándose a ellos con construcciones sociopolíticas.

Si lo nacional se remite sólo a un sentimiento, si este sentimiento es vago y si además enormes sectores del país apoyan una y otra vez estrategias que niegan la nación propia y reproducen simbologías norteamericanas y prácticas que integran su vida a la de Estados Unidos, es discutible si ese país ha formado, hasta la fecha, una voluntad nacional. En este sentido realista resulta extraño no poner en duda el reclamo de que Puerto Rico es nación. Popularmente los puertorriqueños dicen que son nación refiriéndose a que son diferentes a los norteamericanos (y a los demás países) e insinuando, indirectamente, que no debe lesionarse su cultura distintiva o anexárseles a la fuerza. Esta postura luce como un autodescubrimiento cultural de años recientes, en contraste con la cultura más colonizada y asimilista que predominó en Puerto Rico en épocas anteriores en el siglo. Este autodescubrimiento se verbaliza mediante el término "nación", aunque la Isla todavía no ha formado un proyecto para lograr su soberanía, siquiera tímidamente; por el contrario, su proverbial colonialismo se ha intensificado en una integración creciente a Estados Unidos.

La acepción corriente de la palabra "nación" entre los puertorriqueños contrasta con la acepción universal del vocablo. Cómo se entiende esta palabra internacionalmente se corresponde con el modo en que se entiende científicamente, puesto que la actividad científica se refiere a patrones universales establecidos a partir de entendidos internacionales. Más adelante elaboraré el argumento de que los modos culturales populares particulares bien pueden convertirse en fuerza política con que el país se integre a la vida moderna internacional con mayor plenitud y, en este sentido, la especificidad local y popular es inestimable política, teórica y moralmente. Sin embargo, también sugeriré que el habla popular de que "somos una nación" es parte de la cultura colonial e incluso de un proceso en que la Isla se anexa a Estados Unidos en la vida cotidiana, aunque no jurídicamente. Decir que "somos nación" podría ser un modo folklórico de destacar nuestra diferencia cultural, habida

cuenta de que ya pertenecemos al mundo norteamericano, es decir, estamos más decisivamente enmarcados dentro del Estado norteamericano. Como las significaciones varían de acuerdo con el código en que se contextualizan, afirmar que somos nación podría significar algo muy distinto si efectivamente existiese un proyecto social para formar un estado nacional puertorriqueño (presumiblemente revolucionario). Pero este proyecto está fuera del horizonte, lo cual hace que el hablar de que somos nación tienda a formar parte de la hegemonía norteamericana, colonial y anexionista (más allá de la gestión del Partido Nuevo Progresista, pues el anexionismo es un proceso mucho más amplio) y que incluso no pocas veces adquiere un carácter conservador y ayuda a frustrar fuerzas contestatarias y de transformación social de la cultura y la política.

Precisamente por la particularidad colonial puertorriqueña, en el argot criollo la palabra "nación" y otras relacionadas contradicen su significado normal en el resto del mundo. Así, por ejemplo, mientras "Estado" generalmente significa estado nacional, en el contexto puertorriqueño significa estado norteamericano (como Michigan o Nueva Jersey) o hacerse *estado 51*. Asimismo "estadista" significa universalmente jefe de *estado* o formulador de acción o filosofía política y gubernamental, pero en Puerto Rico quiere decir anexionista. En Puerto Rico "nacional" quería decir norteamericano hasta recientemente, sobre todo en códigos dominantes como los de la prensa, los noticieros, los economistas y el gobierno. Lo puertorriqueño era lo "local". Estas confusiones lingüísticas apuntan, justamente, a la marginalidad de Puerto Rico respecto a la norma del sistema moderno de naciones y mercado mundial con que se ha constituido el planeta hace siglos, dada la inmersión subalterna de la Isla en el mundo estadounidense.

Conceptualizar qué es Puerto Rico sería una investigación sociológica de bienvenida originalidad y una contribución política, útil tal vez para que las mayorías populares se hicieran protagonistas autónomos de las clases usualmente dirigentes. Pues lo que hay que hacer, pienso, es desmitificar la nación moderna y proponer una nueva nación, fundada en la liberación de los grupos subordinados. No han faltado excelentes estudios sobre el colonialismo y la cuestión nacional en Puerto Rico como parte de una rica tradición teórica, pero da la impresión de que esta riqueza analítica se ha olvidado y en su lugar se impone el dictamen de que "somos una nación". Véase, por ejemplo, la original descripción de Pedro Juan Rúa (1978) de Puerto Rico como colonia exterior metropolizada, no como colonia interior—como llamó Lenin a la

comunidad negra norteamericana—sino geográficamente externa a la vez que participante de los beneficios de la acumulación metropolitana, de manera subordinada.

Supongo que quizá cientos de comunidades culturales en el planeta, como Puerto Rico, no han generado la agresividad para formar proyectos nacionales y así se han quedado relativamente marginadas de ciertas ideologías y prácticas modernas. Estas últimas son naturalmente exaltadas por la cultura burguesa internacional dominante. No hay, pues, que creer en esas ideologías y prácticas modernas ciegamente, como verdades eternas o metas sin cuya conquista uno es inferior o deficiente, como si le faltara una parte del cuerpo. La nación es una expresión del mundo del mercado, nacional e internacional, y de las relaciones modernas entre los pueblos; vincula la cultura particular con el acervo global; usualmente se piensa como independiente y autosuficiente pero es un entra y sale constante entre lo “exterior” y lo “interior”. La nación es un imaginario que atraviesa numerosos espacios y grupos sociales; ese imaginario provee de sentido pues se inserta en un proyecto social—el que sea—y es así ideológico.

En una definición alternativa, un pueblo puede considerarse nación sin los rasgos modernos de voluntad colectiva, sin estrategia en torno a la producción y el mercado y sin ser proyecto. Basta sólo que su gente, o parte de ella, reclame que el país es nación. En el caso puertorriqueño esto bien puede significar que el movimiento social hacia la formación nacional, o sea, la autodeterminación de la Isla, podría surgir de la “fantasía”, de la imaginación del grupo que afirma el ser nacional, si es consistente y logra transformar la idea en tendencia económico-política poderosa. Como en América Latina en el siglo XIX, lo socioeconómico se construiría a partir de la ideología y la política. Es sin duda una gran esperanza. Asimismo, esta hipótesis plantea varios problemas, habida cuenta de los límites reales de los grupos que históricamente han asumido el ser nacional en Puerto Rico, caracterizados por su incapacidad de formar proyectos sociales. Junto a otros factores, esta incapacidad le ha otorgado a los grupos patrióticos un carácter a menudo conservador y de dudosa representatividad de la nación que invocan. Así se pone en duda el reclamo nacional para la Isla, máxime si se aprecia la identificación cultural y socioeconómica de los principales grupos sociales del país con la nación norteamericana y la reducción corriente del puertorriqueñismo—especialmente en la última década—a un sentimiento no pocas veces usado

por la publicidad comercial e incluso aceptable para el partido anexionista y para el gobierno de Estados Unidos.

Textos producidos en el universo angloamericano que insisten en la nación como narración literaria y como comunidad imaginaria buscan dismantelar la realidad nacional que las ideologías dominantes atribuyen a la historia y al tejido social (Bhabha 1992; Anderson 1989). Este énfasis es distinto a suponer que Puerto Rico es nación *solamente* por la imaginación y la narrativa. Respecto a los países soberanos o con proyecto nacional sencillamente le falta todo lo demás, por ejemplo, el orden político-económico, el proyecto social, la voluntad colectiva, la relación nacional con producción y mercado y el sistema de signos. Uno de los problemas planteados es, otra vez, lo políticamente inocuo que se torna un reclamo nacional puertorriqueño fundado sólo en la imaginación y la narrativa: ¿para qué serviría, en las relaciones sociales del mundo real, aparte de ampliar la hegemonía capitalista y colonial dominante con el entusiasmo folklórico de los subordinados? A estos efectos ha sido revelador que, acaso atendiendo explicaciones posmodernas que coexisten con intereses imperialistas y estrategias políticas particulares, parte del Estado norteamericano viene viendo con buenos ojos la anexión de Puerto Rico. Fue notable en 1997 y 1998 el respaldo de la administración Clinton y el Partido Demócrata, que en Estados Unidos representan el ala "liberal" del bloque dirigente, al proyecto Young y a la anexión de la Isla. Esta "izquierda" de la burguesía norteamericana ve la estadidad para Puerto Rico como una forma de extender la participación a una comunidad subordinada y como estímulo a la presencia hispana en Estados Unidos. Los liberales norteamericanos tienden a ver su país como una entidad multicultural, contra la visión monolítica de la "derecha" y de los conservadores que impulsan el *English Only*.

Nación sociológica

En la modernidad la nación ha sustituido la vida cultural de antes, lo meramente étnico. La nación burguesa encarna el mito del progreso. Se reproduce con el gobierno, los textos impresos, el sistema escolar, los medios de difusión, los transportes y comunicaciones, las parafernalias de propaganda, las músicas y diseños, los productos "autóctonos" de la industria "nacional", las prácticas y mores de las masas, el control de la geografía y las representaciones que hacen aparecer el orden social como "natural" (Gellner 1994:49-57; Anderson 1989; Barthes 1986:235-238). Si se

aplicara estrictamente este sentido de nación, podría decirse que en el caso boricua la nación no es ni Estados Unidos ni Puerto Rico (en tanto "cosas" fijas) sino la relación entre ambos países.

"Cultura" no debería reducirse a folklore, a ciertas artes y letras o a un sentimiento nostálgico, como si no fuesen también cultura la tecnología, las comunicaciones, el trabajo, el derecho, el consumo, el ambiente, el dinero, las leyes, la banca. Por otra parte, si la gente se refiere al país como su "nación", ello expresa de algún modo una verdad y una realidad. En su admirable intervención durante la discusión en la Cámara de Representantes de Washington criticando el proyecto Young el 4 de marzo de 1998, el congresista puertorriqueño Luis Gutiérrez aludió a la encuesta del diario *El Nuevo Día* que señalaba que el 63 por ciento de los puertorriqueños considera a Puerto Rico su "nación" (un gran número, añadió, también se adhiere a la ciudadanía norteamericana). Asimismo el semanario independentista *Claridad* reclama en su lema ser el periódico de la nación puertorriqueña. Tal reclamo no puede reducirse al que hacen los grupos independentistas tradicionales—principalmente de ideología o clase pequeño burguesa—sino que habita de manera más bien callada en grupos mayores en la historia del país. La idea de la nación cultural es sostenida, por ejemplo, por Wilfredo Mattos Cintrón (1993) desde un punto de vista materialista histórico.

Que esta realidad sea sentimental no es de subestimar ya que indica su potencial de desarrollo político, por ejemplo, relacionándose con las modernas fuerzas productivas que operan las clases asalariadas y populares. Pero el desarrollo político de ese sentimiento no ha ocurrido; éste último coexiste con sentimientos poderosos de adhesión a la presencia norteamericana. De tal manera, la afirmación de la nación "cultural" difícilmente cuadra con concepciones científicas y políticas aunque, otra vez, esta discrepancia sólo indique que la vida histórica trasciende por mucho la ciencia y la política. El país quizá podría definirse como una nación negativa: a la vez que la Isla no produce proyectos nacionales propios, tampoco se integra plenamente a la nación imperialista y, aunque tímidamente, se evade de que le impongan programas imperiales demasiado opresivos, como por ejemplo un idioma ajeno (lo que rechazaría en principio cualquier pueblo moderno). Aquí se pone de manifiesto la debilidad histórico-política de los grupos, principalmente intelectuales, que han propuesto que la Isla es nación y cuya debilidad debilita la idea misma. Si la hegemonía de grupos débiles forma la identidad del país como nación, esta identidad resulta también débil. Es cuestionable su realidad pues se trata de

intelectuales orgánicamente desligados de clases y grupos sociales que, al movilizarse, relacionan la idea nacional con un proyecto referente a las relaciones de producción y al poder sobre los medios de producción. Tal ha sido el caso de los grupos independentistas y autonomistas (los últimos difícilmente han tenido existencia diferenciada, al ser absorbidos por corrientes de nombre autonomistas pero más bien colonialistas, representadas por Luis Muñoz Rivera y después por la ideología estadolibrista del Partido Popular Democrático). Los intelectuales de estos grupos estuvieron estrechamente relacionados, por lazos de familia, clase y adhesión a España, durante las primeras décadas del siglo XX, cuando se formaron tradiciones que todavía hoy circulan (Ferrao 1993). Más recientemente, bajo el título de "la nación en marcha", miles de independentistas y antianexionistas efectuaron una manifestación anticolonial en julio de 1996.

Al concederle el Tribunal Supremo de Puerto Rico el derecho al voto a Juan Mari Bras en noviembre de 1997, tras éste renunciar a la ciudadanía de Estados Unidos, uno de los jueces, Federico Hernández Denton, sostuvo que la Isla es "sociológicamente" una nación aparte de Estados Unidos. Manifestó así una idea corriente: que la Isla es nación por ser distinta. A pesar de atacar duramente a los jueces de este Tribunal durante el debate sobre el proyecto Young en la Cámara de Representantes norteamericana el 4 de marzo de 1998, el anexionista Romero Barceló usó la misma palabra, "sociológicamente", para afirmar que Puerto Rico era nación sólo en ese sentido y no en el legal y geopolítico.

Que Puerto Rico es diferente a los demás países es incuestionable; no tanto así que sea nación por ser diferente. Más que buscar verdades científicas, es preciso apreciar que la gente usa popularmente la palabra nación para referirse a que el país es diferente a Estados Unidos y éste por tanto debe abstenerse de forzar a los puertorriqueños a políticas que lesionen su cultura. Pero en su sentido científico, nación moderna implica más que meramente una comunidad distinta a las demás, cosa que todas las comunidades han sido respecto a las otras desde el inicio de la historia, de manera que una definición nacional sobre esas bases ofrece, cuando menos, muy poca información sobre la realidad. Más importante aún es la consecuencia política de tal afirmación, puesto que si la Isla es nación aún siendo colonia y la mayoría de la población puertorriqueña favorece la unión permanente con Estados Unidos y tal vez la anexión, se disipa la necesidad de construir una nación. Parece que hay mucho de esto al presente y la imaginación de la

*Las opciones jurídico-políticas del
status de Puerto Rico palidecen ante
el vigor de la sociedad civil y la
cultura popular criollas.*

nación puertorriqueña se ha convertido en objeto de mercado o adaptable folklóricamente al Estado norteamericano, incluso quizá anexándose a él.

En Puerto Rico han sido pocos y frágiles los proyectos dirigidos hacia cualquier forma de soberanía, mientras la tendencia entre clases tanto altas como populares ha sido la identificación en un grado u otro con Estados Unidos. Estas dificultades del proyecto nacional responden en parte a la represión colonialista. Pero el proamericanismo resulta principalmente de la hegemonía establecida por Estados Unidos en la Isla desde 1898, especialmente sobre las clases sociales más decisivas. Aquí sigo la teoría de la hegemonía de Gramsci como el proceso mediante el que las clases dominantes, en nuestro caso imperialistas, "seducen" a los subordinados, esto es, satisfacen e integran a las clases subalternas (incluyendo las clases altas locales de la colonia) económica y políticamente, dándoles participación social en lo que se entiende como el orden más moderno a la vista (Gramsci 1996; Mattos Cintrón 1988). Así se solidifica el régimen económico, cultural, legal y político, o sea, el Estado (no como mero gobierno sino como una relación que reproduce las estrategias dirigentes), moldeando a su manera lo real.

Esta reflexión me lleva a otro terreno. La nacionalidad, sociedad o cultura puertorriqueña se gestó modernamente dentro del vientre de Estados Unidos; fue después de la invasión de 1898 que Puerto Rico formó una economía integrada y orgánica (Quintero Rivera 1979:79), se unificó mediante comunicaciones, desarrolló sistemas de escuela y educación universitaria y técnica para las masas, así como grandes empresas modernas y grandes organizaciones obreras, populares y electorales. Por tanto, la subordinación puertorriqueña al universo estadounidense probablemente no es sólo cuestión de hegemonía, sino de una articulación histórica aún más fuerte. Es tema de investigación que debería alentar una mirada "objetiva" más allá de lealtades tradicionales. En resumen, la debilidad del aspecto nacional puertorriqueño podría alterarse si surgiesen proyectos nacionales efectivos, pero más bien ha ocurri-

do lo opuesto. La posibilidad de que surjan, sin embargo, sigue presente.

Sociedad civil y nueva autoestima

Las opciones jurídico-políticas de status de Puerto Rico palidecen ante el vigor de la sociedad civil y la cultura popular criollas. Ha surgido una nueva conciencia de la diferencia, un énfasis popular en la puertorriqueñidad: de ahí la opinión generalizada de que Puerto Rico es nación cultural. Una causa de este fenómeno es la circulación de literaturas expandidas por luchas independentistas y socialistas de los años sesenta y setenta, que permanecieron en el contexto de una escolaridad aumentada por la nueva competitividad del mercado, nuevas técnicas de producción y análisis, un salto en el consumo de masas, proliferación de institutos gracias a los fondos federales y, contradictoriamente, un aumento de grupos marginados de la producción.

La fuerza de lo cultural sobre lo político-jurídico puede leerse como un "fin de la política", como si ya se hubiese acabado el problema del poder y de las clases sociales, generando un *ethos* de reclusión privada y búsqueda de soluciones en el mercado. Por otro lado, el predominio de lo cultural-civil puede leerse como un balance actual del poder y de la lucha de clases: las clases populares expanden su cultura por medio del mercado en parte como respuesta a la falta de una alternativa política propia. Irónicamente, la Isla se integra aún más a Estados Unidos ya que este mercado es el más dinámico del mundo y en él se inserta Puerto Rico hace cien años.

Sin embargo, si es limitante glorificar las identidades formales y las fórmulas políticas como si fuesen realidades inmutables o verdades en sí mismas, también lo es glorificar la ambigüedad del mercado y del folklore que él estimula. A fin de cuentas, el mercado es inherente a la acumulación de capital a costa de las clases populares (Marx 1973:152-153). Por eso en Puerto Rico se nota la desmoralización de la gente que trabaja toda la vida sólo para que la riqueza se acumule fuera del país; lejos de contribuir a una mejor vida colectiva de las nuevas generaciones, el valor social del trabajo, hecho a la medida de la hegemonía del capital, contribuye a una destructividad que nadie quería. Si es preciso apreciar la expansión del mundo civil en la Isla, también lo es reconocer la hegemonía que organiza a la sociedad civil como soporte esencial del Estado: la del capital. Las ideologías dirigentes del Estado moderno evaden

el carácter político de las distinciones, sociales e individuales, prevalecientes en la sociedad civil (Marx 1983:101-102). No vale, por tanto, acabar con el estado sólo “subjetivamente”, suponiendo la liberación en el plano meramente privado o civil y dependiendo de un gran Estado imperial (Marx 1973:60), aunque fuese por vía del presunto multiculturalismo como quiere la visión anexionista ya derechista, ya radical (Duchesne Winter *et al.* 1997).

De otra parte, el sentir popular actual de la diferencia e “identidad puertorriqueña” muestra potencialidades positivas a raíz de la revolución tecnológica del *microchip*. Esta revolución ha implicado una nueva cultura de relativismo versus las significaciones fijas de construcciones anteriores de lo real; también conlleva mayor escolaridad y creatividad productiva, más relación con lo cosmopolita, mayor información local e internacional y mayor variedad del consumo (en cuanto a educación, prácticas y preferencias de los grupos educados). Si hay mayor pluralidad y nuevos espacios de la persona privada, acaso tiene menos éxito el dogmatismo político, por ejemplo, el que inculca glorificando una presunta esencia estadounidense, como el anexionismo de antaño. Ahora surgen un “orgullo propio” y una autoestima sobre el terreno de la productividad, creatividad en el trabajo, nuevos niveles de escolaridad y expansión de los mercados. Es una nueva articulación entre la persona, la sociedad y la dignidad espiritual.

Así, tal vez un proyecto popular de Estado alternativo o de transición anticolonial podría encontrar una expresión teórica justa en el socialismo ecologista, útil para una cultura en que se aprenda a vivir personal y socialmente de modo autónomo respecto a las culturas dominantes. Aquí no uso autonomía en el sentido del discurso normal sobre status en la Isla, sino de que la gente, individual y colectivamente, aprenda a dejar atrás la dependencia de estructuras y códigos oficiales—tales como los del Estado o el mercado—y de las tradiciones heredadas. Conviene repasar el argumento de Rosa Luxemburgo a favor de la autonomía nacional de Polonia a principios de este siglo, como medio para afirmar la autonomía de los trabajadores respecto a la política de las otras clases, si se apropiaban de la cultura, la ciencia y el saber de la época y lo transformaban impartiendo una dirección diferente (Luxemburgo 1979:133-141). No obstante, en Puerto Rico la revolución tecnológica—inseparable de la llamada globalización—se ha producido bajo una fuerte hegemonía norteamericana y de la corriente anexionista local.

La sociedad civil boricua no está determinada por la pequeña propiedad nacional ni por pasados precapitalistas todavía vigentes en algunos países de Europa, América Latina y otras zonas del llamado Tercer Mundo. En la tradición norteamericana de sociedad civil en que se inserta la Isla, el individualismo, el pragmatismo, el concepto de la "vida práctica", la fe en el progreso y la ciencia-técnica constituyen una *filosofía sin palabras* (Gramsci 1996:307). La vida gira en torno a la producción, a la vez que alberga vastas economías ilegales e informales—y también formas de productivismo y búsqueda de identidad—resultantes de la marginación caribeña y colonial. Sobre el frágil tejido del lenguaje, la cortesía y el diálogo, prevalecen la prisa y la dureza de la propia empresa y el salario: la sorda violencia del enclave y la sobrevivencia. Familia, trabajo, hogar, religión, escuela, Estado, individuo, todo se ha hecho aquí con la fuerza de voluntad de fundación de tierra nueva. La nuestra es una civilización capitalista "pura": la sociedad burguesa norteamericana extendida a Puerto Rico y otras partes del hemisferio carece de un trasfondo feudal como en Europa; el estado actual no resulta de una evolución de siglos o milenios sino que es el punto de partida de un movimiento nuevo y moderno (Marx 1973:59-60). Encima, se ha asentado el tipo de moralidad y economía americanista-fordista del industrialismo, consumo de masas, dominio monopólico y autodisciplina de la clase obrera (Gramsci 1996). A la vez se deja ver una aspiración colectiva de identidad, libertad e igualdad social y racial. Sobre este terreno se produce también la hegemonía proamericana.

Si bien la historia no sigue un curso lineal, como sugieren las suposiciones de algunos independentistas de que "todo se ha perdido" pues "viene la estadidad", también es limitado el cándido optimismo puertorriqueño de moda. Una versión de este optimismo es fomentada por las corporaciones publicitarias, televisivas, periodísticas, cementeras y bancarias que controlan al país: nos invitan a celebrar al Puerto Rico actual en sí mismo, es decir, a aceptar la cultura dominante como legítima, como la "puertorriqueña", a pesar del escaso espacio que los aparatos de poder político y económico le dan a las clases populares. Se trata de una mediocre dictadura de un puñado de corporaciones y monopolios sobre la vida espiritual y material de la Isla. Por otro lado, un optimismo independentista, en parte heredado de grupos activos en los años setenta, celebra la cultura puertorriqueña sin advertir que en buena medida ella se constituye con culturas capitalistas opresivas y que integran el país a Estados Unidos sobre una pulverización de

Es dentro de los presupuestos norteamericanos que a menudo se verifican campañas por la libertad de los presos políticos; la ecología, como se vio en el triunfo judicial federal de comunidades puertorriqueñas frente a la Autoridad de Energía Eléctrica (*El Nuevo Día* 1998a); la participación política de los puertorriqueños en Estados Unidos; las expectativas y alcances de la calidad de la Universidad de Puerto Rico; los movimientos sindicales como el que hubo alrededor de la ley de sindicalización de empleados públicos, a fines de 1997 y principios de 1998, ley que muy probablemente implicará mayor influencia en la Isla del sindicalismo y la legislación de Estados Unidos; la mujer, como en las gestiones del Comisionado Residente en Washington, Romero Barceló, para traer a Puerto Rico legislación norteamericana de ayuda a madres solteras; y los derechos de los periodistas, como en el triunfo de Daisy Sánchez en los tribunales federales impidiendo que el FBI tuviese acceso a su fuente informativa para entrevistar a un dirigente de Los Macheteros (Sánchez 1996a).

Luego, aparecen nuevos discursos que dan por muerta la posibilidad o deseabilidad de un Estado puertorriqueño: ya por una suerte de determinismo económico que describe a Puerto Rico como una región económica de Estados Unidos (Benson 1996), ya sugiriendo que la integración a la metrópoli es una especie de tendencia obligada del Caribe (Grosfoguel 1996), ya por temor a un totalitarismo nacionalista o comunista (Duchesne Winter 1996), ya por restar importancia a la realidad nacional en su conjunto.

Como la reducción política al Estado norteamericano embota la agudeza de los debates culturales sobre relaciones de poder y representaciones en la vida cotidiana, favorece las corrientes conservadoras dominantes en el proamericanismo y también en el independentismo. Crecen la dependencia y sumisión respecto a Estados Unidos y las ideologías de fetichismo del dinero, patriarcales y racistas. Dada la falta de movimientos populares que ofrezcan alternativas políticas y fuercen un ambiente de debate público de mejor calidad, la politiquería se recrudece y los grupos dominantes exhiben vulgaridad ideológica. Un ejemplo reciente es la operación, digna de Stalin, del periódico *El Vocero* siguiendo la línea de un grupo del PNP, de reescribir la historia para concluir que es falso—o fue una fabricación de la administración del otro partido—el crimen del Cerro Maravilla, en que varios policías asesinaron a dos jóvenes independentistas desarmados en 1978. La escasez de movimientos populares que formen una opción nueva para la sociedad y transformen la calidad del debate público resulta, en

gran parte, de la falta de una perspectiva nacional para formar otro Estado. A la vez, dicha escasez reproduce la falta de perspectiva nacional.

Los proyectos sociales

Los cambios "históricos" son determinados principalmente por la transformación de la cultura existente por parte de las fuerzas productivas. Las luchas entre clases y culturas y su interacción con la situación internacional determinan el balance de cada nueva formación, pero no hay que subestimar el terreno en que esas luchas se dan, la modernidad en la circulación de mercancías, las técnicas, los sistemas de reproducción de la fuerza de trabajo y las ideologías correspondientes (Larraín 1986:44-50 y 76-91). Así, los países forman su identidad competitiva y agresivamente y crean su "ego" moderno.

Durante cerca de cuatro siglos, Puerto Rico cumplió en el imperio español una función principalmente de plaza militar, más que productiva, en contraste con Cuba y otras Antillas. Que la atención de investigadores y académicos se haya focalizado, meritoriamente, en la organización de la sociedad durante estos siglos puede hacer pasar por alto que, en conjunto, el proverbial subdesarrollo económico de la Isla, al cual se referían generación tras generación tanto los habitantes como los oficiales enviados de España, obedecía a la asignación que explícita u objetivamente el imperio le dio a la Isla, principalmente militar y geopolítica. Todavía hoy lo militar tiene centralidad en el interés norteamericano en la Isla y para que el imperialismo simpatice con la posibilidad de la estadidad para Puerto Rico. Medidas para atraer capitales extranjeros que estimularan la economía, como la llamada Cédula de Gracias a partir de 1815, palidecieron ante ese uso que el imperio otorgaba a Puerto Rico y, en parte, ellas mismas respondían a estrategias geopolíticas, como usar la Isla como refugio de los que huían del triunfo independentista de las revoluciones hispanoamericanas (Picó 1986). Hasta entrado este siglo, pues, en Puerto Rico las fuerzas productivas aparentemente fueron demasiado modestas para ser base de un movimiento hacia un estado nacional; la burguesía criolla era muy débil (González 1990:16).

Fue tras la Segunda Guerra Mundial que se verificó un salto verdaderamente modernizante en las fuerzas productivas, suceso que unos pueden ver como seminacional puertorriqueñizante y otros como semicolonial americanizante. Es ya muy difícil, sin

embargo, ignorar que a partir de los años cincuenta el capital norteamericano fue tragándose la economía de la Isla, cuyo capital criollo había sido siempre débil. En los últimos quince años los nuevos giros de las fuerzas productivas, a partir de los cambios tecnológicos, han coincidido con un debilitamiento de los movimientos independentista y socialista, un auge del anexionismo y de la hegemonía norteamericana en general, y una reconcentración del capital en monopolios transnacionales. En cuanto a los propietarios isleños, se han debilitado aquellos sectores donde tradicionalmente se ha concentrado el capital local (González Díaz 1991). El capital isleño que había despuntado a partir de los años cuarenta se empequeñeció decisivamente a partir de los sesenta. Emilio González Díaz escribía a principios de los noventa:

No parece existir evidencia que permita referirse a ese sector [de capital local de Puerto Rico] como una "clase" económica o social con "intereses" distintivos y antagónicos al capital norteamericano. Capitalistas y burgueses sí, pero burguesía "nacional" no; ni siquiera, a estas alturas, burguesía criolla (González Díaz 1991:79-82).

Una pregunta es si Puerto Rico fue una nación de cierta forma y está en vías de dejar de serlo en tanto se rehace como nación cultural de gran consumo, educación de masas y "sentimiento de pueblo", más que antes dentro del espacio estadounidense. El Estado Libre Asociado sería acaso lo más cercano a una nación-estado a que ha llegado la Isla hasta ahora. A la vez de ser una estrategia del capital y del imperialismo, el proyecto muñocista de los años cuarenta y luego del ELA alfabetizó a la población, masificó literaturas nacional-populares mediante el sistema escolar, movilizó el entusiasmo del pueblo y el deseo de fundación de los intelectuales, aumentó las fuerzas productivas e instaló medios "puertorriqueños" para la reproducción de la fuerza de trabajo (sistemas de salud, educación y transporte, educación superior). Pero la estrategia representada por Muñoz Marín y el PPD no formó una clase empresarial criolla que pudiese ser sostén de un régimen político de alguna autonomía (Dietz 1993), ni siquiera del ELA mismo; el propio Muñoz Marín fue ambiguo en cuanto a si el ELA era una fórmula transitoria o "final". Formó, en cambio, grupos capitalistas criollos intensamente ligados al capital norteamericano, acaso progresivamente al capital improductivo (bienes raíces, finanzas, banca, seguros, servicios), de una manera u otra anexionistas y adeptos a la "unión permanente" con el capital estadounidense, más allá de la pertenencia formal a uno u otro partido político (Mattos Cintrón

1980:151-164). Se han creado una pobreza permanentemente aliada por el Estado de Bienestar y un grupo dominante criollo que se remite a Estados Unidos, cuya condición de clase es materia de discusión justamente por su falta de proyecto social diferenciado—o sea relativo a las relaciones de producción—, como se desprende del argumento de González Díaz.

Con el beneficio de la distancia puede verse más claramente la precariedad de los esfuerzos por hacer una nación en Puerto Rico. Estoy lejos de menoscabar la validez moral de los luchadores patriotas y sus organizaciones desde 1898; más bien estoy fijándome en el problema, discutido entre otros por Gramsci, del divorcio entre grupos intelectuales y clases sociales (o mayorías populares) y la consecuente ausencia o fragilidad de la formación nacional (Gramsci 1996). El nacionalismo albizuista de los años treinta, cuarenta y cincuenta, a pesar de que fundó la tradición independentista en este siglo, careció de contacto orgánico con clases sociales que hubiesen podido poner en vigor un movimiento anticolonial sostenido (tales como la clase obrera o secciones de la burguesía), y ni siquiera llegó a formular un programa socioeconómico claro de la república que buscaba. De allá para acá lo más cercano a un movimiento real hacia una nación fue el formado por las luchas socialistas de los años setenta, cuyo eje fue el Partido Socialista Puertorriqueño. Otros grupos marxistas más pequeños giraban en torno al PSP; su existencia consistía en buena medida en estar en los márgenes de la política de ese grupo mayor, reaccionar a ella y criticarla. El estalinismo comandaba la concepción socialista de casi todos estos grupos, así como muchas veces también el nacionalismo estrecho. Había por otro lado esfuerzos marxistas localizados en comunidades, grupos cristianos y de investigación social (de historia obrera, popular, de la mujer), frecuentemente organizados en torno al estudio.

Era un espacio público de masas que trascendía formalmente al PSP. Por ejemplo, tuvo un punto de apoyo en el programa socializante del Partido Independentista Puertorriqueño en las elecciones de 1972. Pero al año siguiente, el PIP se deshizo de estas posturas. Su ala conservadora tomó las riendas—hasta el día de hoy—y el sector socialista salió del partido para fragmentarse en grupos siempre pequeños o en la ausencia de medios con que dar continuidad a su visión de mundo. El PSP creó una breve tradición de formulación programática de las metas socioeconómicas y de relación con el movimiento obrero y luchas locales mediante una política de masas (participación electoral, manifestaciones de protesta, uso de medios

legislativos y noticiosos, desobediencia civil y articulación con conflictos en talleres, comunidades, municipios) y mediante el esfuerzo para consolidar un instituto armado. Tuvo asimismo una seccional grande en Estados Unidos y una activa política internacional, en que sobresalían sus lazos de amistad con Cuba. Fue un esfuerzo relativamente moderno a la vez que fuertemente marcado por el estalinismo y la desesperación nacionalista. Estas ideologías impartían hegemonía ante todo por medio del liderato (Mattos Cintrón 1984).

El esfuerzo albizuista había sido emblemático: forjador de una imagen. Creó la retórica y la forma mítica y tuvo una gran voluntad moral, pero ni tuvo el programa ni el vínculo consciente (ideológico, práctico) con una clase capaz de empuñar la causa nacional. Las campañas eleccionarias del PIP, por otro lado, han carecido igualmente del vínculo con alguna clase capaz y a menudo también de programa socioeconómico, y encima su voluntad está limitada por su adaptación a las normas burguesas del Estado. No queda más remedio que aceptar que la radicalización socialista del independentismo en los años sesenta y setenta conjugó, aunque fuese por poco tiempo, voluntad, programa e intento sistemático por vincularse a una clase capaz de crear el proyecto, la obrera. En fin, el espacio socialista de los setenta ha sido el esfuerzo más articulado en pos de un proyecto nacional. Irónicamente, los propios líderes del PSP dismantelaron el esfuerzo para que esta organización fuese el embrión de un partido moderno de trabajadores. Sintieron que tal meta era muy grande y optaron por regresar a la actividad independentista pequeño burguesa tradicional. Más que la represión, como en otros países latinoamericanos, fueron los líderes mismos quienes contribuyeron a liquidar el proyecto nacional más viable del siglo, aunque este sea un dato usualmente difícil de reconocer por el sentido común y parezca incluso ridículo, dados los visos de pesadilla que una victoria de aquella izquierda, según quedó, hubiese acarreado. Es un dato que habla de la debilidad en que se han movido los grupos adeptos al imaginario nacional.

Es igualmente elocuente que hoy apenas existe reflexión colectiva o escrita sobre aquella experiencia. Con grandes limitaciones, pero con medios periodísticos, musicales, teatrales y otros, aquel espacio social fue causa principal para que hoy se hable de que Puerto Rico es una nación en lo cultural y se invoquen memorias, tradiciones y literaturas para demostrarlo. Sin embargo, pocos recuerdan aquel período o saben que haya ocurrido. Se reafirma la costumbre criolla de falta de medios populares de difusión y dis-

cusión, la cual hace que la Isla viva en una especie de mutismo irreflexivo sobre su propia experiencia. Mientras los medios impresos independentistas—con los que podría crearse una memoria colectiva diferente a la actual—son pocos y de escasa circulación y suelen ser controlados por ideologías elitistas, sectarias o estalinistas, apenas circulan revistas entre las capas populares que estimulen reflexión de alguna agudeza o elaboren la personalidad puertorriqueña en un espíritu crítico o autónomo; en español están sólo *Vea*, *TV Guía*, *Caras*, *Imagen*, las producidas en Estados Unidos para el mercado hispano (*Vanidades*, *Cosmopolitan*) y otras pocas de estirpes parecidas. De este modo la aplanadora de ideología y economía anexionistas, que cuenta con numerosos intelectuales y medios orgánicos y que ha ido avanzando desde los setenta, ha tomado momento adicional.

Dureza conservadora

La depresión de las fuerzas contestatarias de la Isla se corresponde con un orden social, cultural y político conservador y aburrido que exhibe la monotonía de ser administrado por un puñado de aparatos: bancarios, comerciales, industriales, burocrático-gerenciales, publicitarios. El mundo criollo es profundamente autoritario, aunque su autoritarismo sea disimulado por el gran consumo, que crea la imagen de una felicidad y una libertad envidiables. Es una imagen real: en todo balance hay siempre negociaciones entre la cultura dominante y las culturas subordinadas. La cultura popular está subordinada al gran comercio y a los espectáculos musicales montados por aparatos publicitarios; en esos espacios se expresa y a la vez se hace fuerza con otras posibilidades. El gran consumo en supermercados, centros de tiendas, espectáculos televisivos, lugares de música, es territorio de expresividad y “liberación” populares, de libertad sexual, racial, corporal, y de narrativas y adhesión criollas ya a la “nación puertorriqueña”, ya al orden colonial. La hegemonía, pues, nunca es total sino justamente una lucha (Forgacs 1993; Hebdige 1993; Martín Barbero 1993). Es una búsqueda incessante de alianzas de parte de la estrategia dirigente. Es un proceso para dirigir energías que sin embargo siempre se le escapan en parte y que, quién sabe, podrían articularse a estrategias alternativas. Pero no hay que subestimar el peso de las estructuras dominantes. La negociación es cierta pero se mantiene achatada muy dentro del régimen. Todavía no aparecen en Puerto Rico nuevas tendencias ideológicas o disfrutes alternativos de los consumos y los *shows*.

El rápido ritmo de desarrollo de *shopping malls* en la Isla durante la última década ha generado un debate sobre la capacidad comercial del mercado de bienes raíces en Puerto Rico, estimado actualmente en 18 millones de pies cuadrados. En los últimos cinco años se aprobó el desarrollo de alrededor de 3.53 millones de pies cuadrados de nuevo espacio comercial, según documentos de la Junta de Planificación. Recientemente se construyeron Las Catalinas Mall en Caguas, Montehiedra Town Center (abierto en 1994), El Señorial Mall, Las Vistas Shopping Village y Plaza Las Américas, a una distancia de cinco a diez minutos en automóvil entre sí (*The San Juan Star* 1998b).

Asimismo, en los años noventa aumentó la producción local de programas de televisión como parte del fenómeno global de formación de espacios de mercado de televisión "locales" fundidos con los grandes capitales, mayormente norteamericanos, reforzando la integración de culturas particulares a la estrategia y cultura dominantes. En Puerto Rico se trata de shows de variedades, comedias y programas de juegos. Por otro lado, los programas "enlatados" "sindicados" norteamericanos y las telenovelas, privilegiados durante los años setenta y ochenta, han experimentado un declive. Telemundo presenta diez de los shows más vistos de la televisión local en competencia con los canales 4, 11 y 6. Según un ejecutivo de WKAQ TV, "los televidentes prefieren artistas y personalidades locales, y estos shows proyectan las costumbres locales y la realidad de Puerto Rico" (*The San Juan Star* 1998).

La prensa y televisión son, en bloque, adeptas a la más estricta obediencia político-ideológica dictada por el capital en sentido estrecho, y así es raro escuchar discursos alternativos o siquiera de profundidad o creatividad del pensamiento o de la poética, pues parecen subversivos. Este "totalitarismo" boricua empaqueta la cultura como si fuese producción en serie; en cierto modo la cultura se convierte en confinamiento, en sistema cerrado de signos o en un estado exitoso en tragarse los movimientos sociales (Foucault 1995; Baudrillard 1988; Poulantzas 1981), protegido por la coraza colonial. Contrasta con el relativo pluralismo—su circulación entre clases populares—en la discusión pública y la actividad artística, editorial o periodística de, digamos, la República Dominicana, con todo y vigilancia militar.

Las opiniones de las capas subordinadas apenas tienen cabida en el gobierno de Puerto Rico y para que se conviertan en ley se necesitan a Dios y su ayuda. Respecto a la rama legislativa vale decir que, a causa de la ley electoral colonial—de inspiración bipar-

tidista al estilo norteamericano—, salvo pocas excepciones de legisladores independentistas, más fácil entra un camello por el ojo de una aguja que un legislador alternativo o siquiera innovador o autónomo de las maquinarias, a la Casa de las Leyes. Y esto es aún más impensable si es mujer. No es difícil imaginarse que muchos puertorriqueños quieren la estadidad para que se amplíe la democracia y lleguen a la Isla modos de participación de la comunidad en el gobierno—por ejemplo local—que existen en algunas partes de Estados Unidos (aun con limitaciones muy grandes a favor del poder).

El problema no es sólo que los intelectuales estén lejanos de las clases populares en sentido orgánico, sino que los que operan en las instituciones oficiales académicas—las cuales tienden a absorber la actividad intelectual popular como parte del proceso de hegemonía—se remiten a espacios de vida y cultura cosmopolitas y norteamericanos más que a los criollos, en gran parte por la estrechez material y espiritual de la Isla, dada su subordinación, que invita al escape. Por ejemplo, el llamado al rigor académico parece a veces una reacción a la reducción del valor de la fuerza de trabajo, en relación a su más aventajada realización en las economías metropolitanas. Un sujeto obtiene una alta calificación en una universidad norteamericana, latinoamericana o europea; pero al regresar a Puerto Rico ve reducida su capacidad técnica y analítica dada la ausencia de estímulos; sufre un allanamiento de su producción intelectual y su creatividad científico-filosófica. En la colonia privan la rutina inerte, la ausencia de proyectos culturales autónomos respecto a los monopolios que dominan la vida y al Estado, deterioro del aparato escolar y consiguiente descenso en la calidad de las universidades, destartalamiento de las infraestructuras, descenso de la calidad de vida de las clases medias y grupos intelectuales, limitación de la expansión creativa a grupos adinerados y chic, trabajo sin parar y pocas instancias de diversión en la vida comunitaria o urbana.

Estos son rasgos de la vida moderna comunes a muchos países, que en Puerto Rico tienen el efecto de determinar una frustración específica, la nacional. Como una nación es un sitio de acumulación de riqueza, no serlo evidentemente implica que la riqueza se acumula en otra parte. Así el fruto del trabajo tanto productivo como intelectual apenas tiene impacto sobre la sociedad, en sentido nacional. Los institutos superiores son así como sacos rotos, de donde escapan—sobre todo en dirección norteamericana—el potencial de la actividad y la acumulación de valores que les dan senti-

do. Vienen a ser más bien lugares de encuadramiento y disciplina de la gente para que suponga que está produciendo unos efectos sobre el país que, sin embargo, no son reales.

Con el aumento en tiempos recientes de la cantidad de gente que va al extranjero a cursar estudios y al regresar engrosa las clases ilustradas de la Isla, crece la conciencia del bajo techo cultural y sociopolítico de Puerto Rico—y la sospecha de que se reducirá aún más—en comparación con los nortes admirados de la cultura cosmopolita. Así se descubre que en la Isla “no hay historia”; ésta anda al ritmo lento de los monótonos elefantes del capital con que la colonia trabaja y consume sin cesar mientras se anexa aletargadamente a Yanquilandia. Es sobre este terreno que aumentan el deseo y la tolerancia a la idea de que seamos estado de Estados Unidos.

Diferente a la mayor parte del siglo y a tradiciones latinoamericanas, la actividad de la universidad yace desarticulada de proyecto nacional puertorriqueño alguno, con lo que tiende a hacerse individualista e inocua. Así se reproduce la ideología de que a más educación habrá más progreso; ella justifica al aparato educativo mismo y a los intereses privados e ilusiones—tecnologistas, culturalistas—que allí se generan. Corrientemente se evade, por un lado, la hegemonía que la cultura-estado dominante imparte sobre el conocimiento y la actividad científica y filosófica y, por el otro, la probabilidad de que surjan nuevos balances entre precisión analítica y técnica y las culturas populares, para que éstas evolucionen políticamente en nuevas direcciones epistémicas. Para el intelectual que no ha conocido de cerca movimientos populares que se transformaran en vías legítimas de conocimiento, el referente es la forma “clásica”; cree en la universidad y la ciencia como proyectos en sí mismos. Al presente, sin embargo, esta forma atraviesa otra crisis a causa de la concentración de capital, el empobrecimiento de la escuela secundaria y la intensificación del mercado: se desnuda el carácter competitivo y mercantil de los aparatos educativos. La hegemonía estadounidense supera el bienintencionado humanismo o radicalismo de los profesores preocupados por la suerte de la educación. Pasará un tiempo antes de que se fusionen “el proletariado y la filosofía” análogamente a los espacios que aparecieron en Puerto Rico en las luchas populares de corte socialista de los sesenta y setenta.

En años recientes se han fortalecido la dureza represiva y carcelaria y la aproximación estrechamente policiaca hacia cada asunto de la vida (Román-1994). Es como si abordar las razones sociales

e históricas de la frustración del desarrollo fuese fuente de depresión y por tanto se evita. Las ideologías de puritanismo y represión de la persona que operan en el mundo norteamericano son reforzadas dialécticamente por el caos social que en Puerto Rico se siente como peligro y ante el cual se busca protección y reclusión (Meléndez 1996). Ante la cultura y economía narcos que se extienden por el hemisferio, los grupos dominantes de los países americanos y caribeños endurecen el régimen por su ansiedad de imitar al Estado ultramoderno que tienen tan cerca y domina los mundos imaginario y real, así como los códigos de la región: USA. Nótese la tendencia en las Antillas angloparlantes a distanciarse de tradiciones británicas de gobierno para acogerse al estilo norteamericano de pena capital para enfrentar la ola delictiva (El Nuevo Día 1997a).

Se puede relacionar la actual revolución tecnológica (más dominio de lo productivo sobre tiempo y espacio y lo público y lo privado, intensificación de la explotación de los trabajadores, nuevas exigencias nervioso-musculares, fragmentación de narrativas e identidades tradicionales, globalización versus comunidad nacional, nuevas densidades del poder) con el uso de estupefacientes (búsqueda de placer, vida "alternativa", juego de acercarse y alejarse de la realidad, nostalgia de una tranquilidad perdida) y la consiguiente ampliación de los mercados ilegales. La imagen de la policía como salvadora de la sociedad se nutre de los grandes dineros que se le asignan, el acaparamiento de las noticias y temas de películas por lo policial, las sirenas constantes, el modelaje de los chalecos a prueba de balas, las identidades juveniles puestas a prueba, la zona urbana como zona de guerra, la imitación de Los Angeles y Miami, la muestra continua de peines y calibres, el militarismo de los guardias. Es la lucha para "proteger la Tierra de la escoria del universo", como reza el subtítulo de la ingeniosa película sobre la policía para control de inmigración galáctica, *Men in Black* (Sonnenfeld 1997): enfrentar un Otro que desafía la ley y el orden (los pobres, los cuestionadores del Estado, los pandilleros, la droga, el subdesarrollo, los inmigrantes, las razas de abajo). En esta lucha la frontera norteamericana se afirma en Puerto Rico versus el caos del cual América Latina y las Antillas son significantes; en esta identidad cultural la Isla se anexa al régimen.

La mentalidad de aparatismo y control se deja ver en el gobierno y otras gerencias. Se busca resolver técnicamente problemas históricos (Althusser 1993), tales como el desafío de la ley y el orden, la relación entre el cuerpo personal y el cuerpo social (la salud) y

fenómenos masivos de melancolía y estrés: signos de la intensificación en la explotación capitalista y de frustración de expectativas de trabajadores, mujeres, envejecientes, jóvenes. Frente a esto no hay tecnicismo simple que valga. Pero la discusión creadora, pluralista o democrática es, como regla general, desconocida. La tendencia modernista a la burocratización de las relaciones públicas se confirma en movimientos populares y de trabajadores que tienden a perder su potencial político autónomo y a hacerse negocio o nicho de grupos reducidos. Esto empalma con una tradición muy estadounidense: la reclusión de lo popular en el Estado. Los sectores oprimidos son satisfechos oficialmente—lo legal, lo administrativo, alimentos, educación, salud, lo sindical, lo ambiental, la “igualdad de sexos”—por un gobierno cuyo poder se corresponde con los enormes capitales acumulados.

No hay, pues, izquierda como fuerza pública, espacio político orgánico de las clases subalternas. Que al presente existen esfuerzos socialistas es desconocido para quizá la mayoría del país; están el Movimiento Socialista de Trabajadores (MST), el Taller de Formación Política (1982) y otros grupos pequeños que en años recientes formaron el Frente Socialista y tienen alguna influencia entre cuadros de ciertos sindicatos pero, sin medios de comunicación modernos, están lejos de cautivar la imaginación de las mayorías obreras y formar un espacio público real. Respecto al independentismo más tradicional—aparte del moderado PIP—, el Congreso Hostosiano incluye a grupos de ideología nacionalista pequeño burguesa (Nuevo Movimiento Independentista, NMI—formado por exfuncionarios del desaparecido PSP—, Causa Común Independentista y otros). También están las dos alas del grupo armado clandestino Los Macheteros (Ejército Popular Boricua-Macheteros y Partido Revolucionario de los Trabajadores-Macheteros). Los marxistas tienden a buscar una renovación que usualmente evaden los nacionalistas, pero se estancan en el viejo problema de reproducirse como aparato más que crear intelectuales orgánicos a partir de la sociedad civil. Así concurren con los nacionalistas—y otros—en reproducir el mismo liderato y los círculos estrechos, como si tuviesen temor “inconsciente” a perder su pequeño mundo si las masas se hicieran en verdad un gran intelectual colectivo.

Todos los diarios isleños (*El Nuevo Día*, *El Vocero*, *The San Juan Star*) son en sentido amplio anexionistas: promueven la integración al modelo norteamericano que se ha impuesto localmente, al modo de vida norteamericano y a las instituciones norteamericanas. Así los debates políticos ocurren dentro del canal anxio-

nista: la discusión es cada vez más cuál facción anexionista es rígida y cuál liberal, cuál más sectaria y cuál más sensible a la clase trabajadora, la mujer, la puertorriqueñidad o el ambientalismo, cuál produce representaciones más ingeniosas o posmodernas. Las pugnas que a menudo dominan la opinión pública son siempre entre corrientes o personas anexionistas o definitivamente proamericanas, como se ve en la reciente disputa legal entre *El Nuevo Día* (Empresas Ferré) y el gobernador Rosselló; la lucha comercial entre *El Vocero* y el diario *Primera hora* (de los Ferré); pugnas en el seno del Partido Nuevo Progresista; tensiones al interior del PPD sobre cómo frasear la “unión permanente” con Estados Unidos y a la vez reconocer la “nación” puertorriqueña.

En este “cambio dentro del conservadurismo”, la corriente académica posmoderna en Puerto Rico a veces deja entrever cierto anticomunismo (Torrecilla y Pabón 1995). A tono con fuertes tradiciones norteamericanas se reproduce un antimarxismo, pero con formas literarias contestatarias, en contraste radical con el carácter más político y social que exhiben algunos autores posmodernistas europeos al intervenir en las sociedades a las que pertenecen.

Anexión por las infraestructuras

La integración de Puerto Rico al mundo norteamericano se funda en parte en la formación de infraestructuras impresionantes. Si Stalin montó el Estado soviético construyendo enormes infraestructuras—magnas represas y plantas industriales, comunicaciones con que atravesar la estepa—que comprometían los recursos sociales con el Estado y sugerían el carácter totalizador e irreversible de su proyecto, los estadolibristas y estadistas boricuas han hecho algo parecido. Pocas cosas son más ideológicas que la obra que físicamente determina las prácticas de la gente, la cual traza entonces sus rutas y sentidos como diminutas hormigas. La autopista Luis A. Ferré de San Juan a Ponce, por ejemplo, constituye una impresionante obra de ingeniería comparable a las audaces vías que en Suiza atraviesan los Alpes. La creación de este y otros expresos es parte de un proyecto-imagen de lo que el país debe ser, es decir, anexo de un espacio y de una economía gigantesca. Es esta visión del país, como parte integrante e irreversible de una gran economía-territorio, la que justifica las vías para una movilización intensa y extensa de automóviles, vehículos de carga industrial, camiones. En un espectacular abrevamiento de la distancia y el tiempo el país se atraviesa con un simple recorrido; deja de ser “el país que era”. Lo

cotidiano se ha unido al poder formando la imagen de lo posible (Mouffe 1985:139 y 143).

Los autoexpresos construidos desde los años setenta indican la anexión a una concepción de vida y de mundo estadounidenses. Se va formando con ellos una dependencia hacia grandes intereses bancarios, servicios privados, empresas constructoras y cementeras, fondos del gobierno federal norteamericano y tecnologías que hacen posible este tipo espléndido de proyecto y darle mantenimiento permanente. Asimismo los autoexpresos están ligados a los conceptos de *fast foods*, urbanizaciones más bien como suburbs (versus fantasmales y derruidos *inner cities*, o sea, la crisis de los centros históricos municipales), *shopping centers*, plazas y *malls*, Pueblo Extra, Blockbusters, sustitución del restaurante y la fonda por el restaurante simulado y *self-service* (Ponderosa, Bonanza, Sizzler's): una especie de Florida o Tejas.

Según un diario, en Puerto Rico hay 400 establecimientos de *fast food* y están experimentando un aumento veloz. Más del 70 por ciento de sus consumidores cotidianos son mujeres. Una gran cantidad de puertorriqueños usa al menos semanalmente el servi-carro y ordena comida mediante *delivery* a sus casas. Los precios de los alimentos consumidos fuera de la casa aumentaron en 1997 en más de 3 por ciento en relación con 1996. Los *fast foods* son un fenómeno "heredado" de Estados Unidos, donde el 52 por ciento de las comidas se hace fuera del hogar y la vida se ha hecho "rápida" a partir de los años cincuenta. Los quioscos y cafeterías puertorriqueñas siguen siendo mayoría (ascienden a unos 500) pero se prevé su declive respecto a los norteamericanos. Siguen los de comida china, con 450 (*El Nuevo Día* 1997c). La tendencia, pues, es a la reclusión en la casa y el fin del mundo cultural de la ciudad (la falta de tiempo y espacios que obliga a comer en casa el *fast food* viendo la película en vídeo o en Cable TV), algo a la vez estadounidense y global. Lo global está lejos de implicar una neutralidad no-nacional. La hegemonía de los países dominantes, en nuestro caso Estados Unidos, dirige la globalización. Lo nacional no es "esencia"—como querrían los nacionalistas—sino hegemonía.

Los lugares son de tránsito. Que ahora las infraestructuras más espectaculares sean las comunicacionales indica la expansión de la producción con sus nuevas modalidades en el tiempo y el espacio (seguir trabajando en el carro con el celular y el biper), creciente peso de los servicios sobre la industria—si esta distinción sirve todavía—, rendimiento mayor del trabajo calificado (trabajar en diversos pueblos de la Isla durante la semana) y las funciones del subcon-

trato y la pequeña empresa en la fragmentación presente de la producción de antes, el papel principal que juegan el movimiento y el desplazamiento (Benson 1996).

El proyecto del Tren Urbano a inaugurarse en el año 2001 brindará servicio a la zona metropolitana desde Bayamón a Santurce e irá (según algunos funcionarios; aún no se confirman especificaciones y contrataciones) subterráneo, a ras de tierra y elevado. Será utilizado por unás 115 mil personas diariamente y su ruta de 17.2 kilómetros contará con catorce estaciones (Frederic R. Harris *et al.* 1997). Los modernos trenes serán impulsados eléctricamente y, se dice, para el año 2010 absorberán el aumento esperado de 45 por ciento de viajes en autos privados. El Tren Urbano dará servicio a una demografía en crecimiento: se espera que en el año 2003 haya cuatro millones de personas en Puerto Rico en lugar de las 3.6 actuales, y 1.86 millones de carros en vez de los 1.65 del presente. El Tren supuestamente eliminará de 50 a 90 mil automóviles de las vías públicas que se calcula existirán a principios del siglo entrante, y ahorrará 6.5 millones de horas perdidas anualmente (ante todo en taponos de tráfico) en las carreteras del área metropolitana.

Ahora bien, este Tren se realiza gracias a partidas del Congreso norteamericano gestionadas directamente a esos efectos y se renovarían cada cierto tiempo. Decenas de miles de personas usarán a diario un transporte directamente sufragado por el Congreso; difícilmente hay mejor ejemplo de una vinculación directa entre el gobierno norteamericano y los ritmos cotidianos de producción, consumo y la sociedad civil isleña; es decir, la consolidación de una ideología, pues las ideologías son "materiales": existen en prácticas, aparatos y actividad repetitiva (Althusser 1993:40 y 42).

A diferencia de muchas ciudades norteamericanas y de otros países, nuestro Tren Urbano probablemente significará un aderezo del caos urbano existente y cuya base es la economía de mercado. Aunque se promete un sistema integrado de transportación pública no se adelantan los planes del mismo, contrario a los del Tren. No se sabe de planes para rutas de autobuses en conexión con las estaciones del Tren, y de no haberlas el automóvil seguirá siendo necesario. Tampoco se sugiere cómo se reduciría la industria de venta de carros y accesorios que tanto ha moldeado la cultura puertorriqueña del último medio siglo. Más aún, para el uso del Tren el gobierno presumiblemente aumentará la potencia de las plantas de electricidad, lo cual podrá chocar con la calidad ambiental. Pero aun esto difícilmente disipará la sospecha de que el ambicioso Tren podría confrontar un accidente tras otro. De modo análogo, el

proyecto de ferry en la zona de San Juan fracasó al carecer de conexiones de guaguas u otros medios en un sistema alterno e integrado de comunicaciones.

Falta de proyecto

La ausencia de un "plan" de los capitalistas isleños en tanto clase ocasiona una dispersión interburguesa que, parecido al 1898, impide la ascensión de clase dirigente alguna que imparta hegemonía sobre las demás clases y grupos de Puerto Rico, pues no hay proyecto hacia el cual marchar en firme. (Una pregunta es si esto es así con respecto al movimiento estadista.) La lucha entre los bandos estadolibrista y estadista adquiere un carácter retórico habida cuenta de la disolución del capital criollo en el norteamericano en tiempos recientes, la anexión de facto. Luce que un requisito para ser "estado" norteamericano es que los burgueses individuales del "estado" no sean una clase, o sea, que carezcan de proyecto colectivo autónomo o distinguible; que no haya una burguesía como tal propiamente de Kansas, otra de Illinois y así por el estilo. Conviene notar aquí cómo la tendencia ideológica y psicológica representada por el gobierno de Rosselló es borrar al máximo posible la distinción entre Puerto Rico y Estados Unidos; la Isla se concibe, administrativa y políticamente, como una simple región o extensión del territorio estadounidense. Las contradicciones sociales e ideológicas en la Isla, la historia contenida en la experiencia concreta puertorriqueña, impiden que tal visión sea del todo exitosa, pero destaca la eficacia con que Rosselló ha representado esta tendencia versus los anteriores gobernadores, incluidos los estadistas Ferré y Romero Barceló.

Las actuales prácticas de privatización y subcontratación de servicios—para dragar los embalses, construir un superacueducto, el servicio telefónico—formalizan el proceso en que la lógica fragmentaria prevalece sobre la coherencia político-administrativa. El destartalamiento de las infraestructuras de la Isla, como las de agua y electricidad, sugiere una crisis en la capacidad del ELA de mantener el sistema de consumo y producción que había creado; además sugiere que la gerencia del gobierno se desentiende más que antes de una visión estratégica del país como entidad diferente de los Estados Unidos. La fragmentación, corrupción e irresponsabilidad pública entran en tensión con criterios formales de desarrollo, aunque es evidente la abundancia de estas cualidades negativas en Estados Unidos. Luego se fortalece el argumento de que

Puerto Rico “todavía no está apto” para formar parte de la Unión, a la vez que la estadidad se reitera como una americanización “total” que traerá orden, control estatal sobre la actividad privada, planificación, eficiencia y moral pública y productiva.

Es curioso, pues, que el programa que parece estar en ventaja decisiva—el estadista—ande tan cerca de sucumbir, otra vez, a la inercia. La “lucha por la estadidad” sigue luciendo como dependencia de dineros públicos norteamericanos. Tal parece que la cultura política en la Isla todavía corresponde al pasado de subdesarrollo de las fuerzas productivas. No aparece una clase dirigente criolla montada sobre las fuerzas productivas surgidas con la industrialización, ni a partir de la revolución tecnológica, pues estas fuerzas han nacido bajo una intensa integración a Estados Unidos que ha socavado el carácter colectivo de clase de los capitalistas criollos, ya históricamente débil. El proletariado que opera estas fuerzas productivas podría impartir dirección a su potencial social si se constituyese en clase, o sea, en proyecto político. La falta de programa económico en el Partido Popular Democrático lo podría llevar a un populismo que apele a las masas oprimidas y a la puertorriqueñidad para cobrar legitimidad y volver al gobierno. La clase obrera acaso saque frutos de un viraje así, pero pronto regresaría la cuestión de cuán reales serían el puertorriqueñismo y la renovación y quiénes tendrían la hegemonía y el poder.

Sin proyecto nacional de las clases subalternas se reitera la inercia que los políticos estadistas ahora tratan de capitalizar para alcanzar su meta; la inercia se convierte en dependencia como cultura popular. He aquí la profunda sombra de un gran padre simbólico que nos guiará y proporcionará una identidad—la estadounidense (Freud 1995:505; Dor 1993:16-17). Nótese el lema que en años recientes han acuñado las masas del PNP: “¡Ferré, papá, dame la estadidad!” La ausencia de literaturas y movilizaciones que formen una realidad nacional puertorriqueña concretizada en un proyecto social con que se identifiquen las mayorías populares hace que masas considerables se adhieran a los símbolos oficiales norteamericanos por su significación de democracia social. Así una linda mulata representa a Betsy Ross tejiendo la bandera norteamericana en la celebración de la independencia de Estados Unidos en San Juan el 4 de julio bajo auspicios apasionados del gobierno del Partido Nuevo Progresista (*El Nuevo Día* 1997c).

Bien puede repetirse la vieja disyuntiva de las clases populares: o reiteran su fe en el mercado y buscan espacios en el gobierno norteamericano (ya sea luchando por desplazar a los burgueses

derechistas criollos de su papel hegemónico en la estrategia estadista, ya sea aceptando el liderato de esos burgueses), u optan por una separación progresiva de Estados Unidos en busca de una democracia más ambiciosa todavía, basada en el poder obrero y ecologista. Para no ser rabiza de otros intereses las clases populares necesitan formar su propia masa de intelectuales y una estrategia autónoma respecto a los grupos tradicionalmente dirigentes. En la era de la realidad virtual y del lenguaje numérico no habría por qué ceñirse ni al idealismo del nacionalismo pequeño burgués ni al materialismo de la estadidad, el cual nace del temor al desamparo. Una imaginación popular caribeña y ecológica podría crecer en otra dirección. Sin embargo, es posible que se repita la tradición de inercia y de acomodamiento folklórico de la cultura puertorriqueña dentro del sistema norteamericano de mercado y monopolios, sin que necesariamente se produzca la estadidad jurídica de Puerto Rico; que tardan en surgir tradiciones nuevas y las clases trabajadoras se sigan absteniendo de formar intelectuales orgánicos para un movimiento político propio, y tampoco los burgueses criollos construyan un proyecto político exitoso.

REFERENCIAS

- Anderson, Benedict. (1989). *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Londres: Verso.
- Barthes, Roland. (1986). *Mitologías*. México: Siglo XXI.
- Baudrillard, Jean. (1998). *Selected Writings*. M. Poster, ed. Londres: Pluto.
- Benson, Jaime. (1996). Posfordismo Puerto Rico-USA. *Bordes* 3.
- Bhabha, Homi K., ed. (1992). *Nation and Narration*. Londres: Routledge.
- Carrión, Juan Manuel. (1996). *Voluntad de nación: ensayos sobre el nacionalismo en Puerto Rico*. San Juan: Nueva Aurora.
- Corretjer, Juan Antonio. (1972). *Pedro Albizu Campos, el líder de la desesperación*. Guaynabo: s.e.
- Coss, Luis F. (1996). *La nación en la orilla: respuesta a los posmodernos pesimistas*. San Juan: Punto de Encuentro.
- Dietz, James. (1993). La reinención del subdesarrollo: errores fundamentales del proyecto de industrialización. En Silvia Alvarez Curbelo y María Elena Rodríguez Castro, eds., *Del nacionalismo al populismo: cultura y política en Puerto Rico*. Río Piedras: Huracán.
- Dor, Joël. (1993). *La función del padre en psicoanálisis*. Buenos Aires: Nueva Visión.

- Duchesne Winter, Juan. (1996). Status: democracia o fundamentalismo. *Diálogo* (agosto).
- Duchesne Winter, Juan y otros. (1997). La estadidad desde una perspectiva democrática radical. *Diálogo* (febrero).
- Ferrao, Luis A. (1993). Nacionalismo, hispanismo y elite intelectual en el Puerto Rico de los años 30. En Silvia Alvarez Curbelo y María Elena Rodríguez Castro, eds., *Del nacionalismo al populismo: cultura y política en Puerto Rico*. Río Piedras: Huracán.
- Forgacs, David. (1993). National-Popular: Genealogy of a Concept. En Simon During, ed., *The Cultural Studies Reader*. Londres: Routledge.
- Foucault, Michel. (1995). *Vigilar y castigar*. México: Siglo XXI.
- Frederic R. Harris Inc. y Daniel, Mann, Johnson y Mendehall. (1997). *Tren Urbano Puerto Rico*. San Juan: s.e.
- Freud, Sigmund. (1995). Totem and Taboo. En P. Gay, ed., *The Freud Reader*. Nueva York: Vintage.
- Gellner, Ernest. (1994). *Naciones y nacionalismo*. Madrid: Alianza Editorial.
- González, José Luis. (1990). *El país de cuatro pisos y otros ensayos*. Río Piedras: Huracán.
- González Díaz, Emilio. (1991). *La política de los empresarios puertorriqueños*. Río Piedras: Huracán.
- Gramsci, Antonio. (1996). *Selections From The Prison Notebooks*. Londres: Lawrence and Wishart.
- Grosfoguel, Ramón. (1996). Plebiscitos, "colonias modernas" y el Caribe. *Diálogo* (marzo).
- Hebdige, Dick. (1993). From Culture to Hegemony. En Simon During, ed., *The Cultural Studies Reader*. Londres: Routledge.
- James, C.L.R. (1989). *The Black Jacobins*. Nueva York: Vintage.
- Laclau, Ernesto y Chantal Mouffe. (1987). *Hegemony and Socialist Strategy*. Londres: Verso.
- Larraín, Jorge. (1986). *A Reconstruction of Historical Materialism*. Londres: Allen and Unwin.
- Luxemburgo, Rosa. (1979). La nacionalidad y la autonomía. En *La cuestión nacional y la autonomía*. México: Pasado y Presente.
- Martín Barbero, Jesús. (1993). *De los medios a las mediaciones: comunicación, cultura y hegemonía*. Barcelona: Gili.
- Marx, Karl. (1983). On The Jewish Question. En E. Kamenka, ed., *The Portable Karl Marx*. Londres: Penguin.
- Marx, Karl. (1973). *Marx's Grundrisse*. David McLellan, ed. Londres: Paladin.

- Marx, Karl y Frederick Engels. (1974). Manifiesto del partido comunista. En *Obras Escogidas*. Moscú: Progreso.
- Mattos Cintrón, Wilfredo. (1993). The Struggle for Independence: The Long March to the Twenty-First Century. En Edwin Meléndez y Edgardo Meléndez, eds., *Colonial Dilemma: Critical Perspectives on Contemporary Puerto Rico*. Boston: South End Press.
- Mattos Cintrón, Wilfredo. (1988). La formación de la hegemonía de Estados Unidos en Puerto Rico: la cuestión nacional, los derechos civiles y el independentismo. *El Caribe contemporáneo* 16.
- Mattos Cintrón, Wilfredo. (1984). *Puerta sin casa: crisis del PSP y encrucijada de la izquierda*. Río Piedras: La Sierra.
- Mattos Cintrón, Wilfredo. (1980). *La política y lo político en Puerto Rico*. México: Era.
- Meléndez, Héctor. (1996). *La identidad ausente: credos, pueblos, capital, siglo*. Río Piedras: La Sierra.
- Meléndez, Héctor. (1994). *Gramsci en la De Diego: tres ensayos sobre cultura nacional, posmodernidad e ideología*. Río Piedras: La Sierra.
- Meléndez, Héctor. (1984). *El fracaso del proyecto PSP de la pequeña burguesía*. San Juan: Edil.
- Mouffe, Chantal. (1985). Hegemonía, política e ideología. En Julio Labastida Martín del Campo, ed., *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina*. México: Siglo XXI.
- Movimiento Pro Independencia de Puerto Rico (MPI). (1969). *Tesis política*. San Juan.
- El Nuevo Día*. (1998a). Oveja negra la AEE. 11 de febrero.
- El Nuevo Día*. (1998b). Vencedores por puntos. 11 de febrero.
- El Nuevo Día*. (1997a). Aires antibritánicos en el Caribe inglés. 8 de julio.
- El Nuevo Día*. (1997b). Suplemento Negocios. 8 de junio.
- Pabón, Carlos. (1996). Nación: ¿quién la define? *Diálogo* (febrero).
- Pabón, Carlos. (1995). De Albizu a Madonna: para armar y desarmar la nacionalidad. *Bordes* 1.
- Picó, Fernando. (1986). *Historia general de Puerto Rico*. Río Piedras: Huracán.
- Poulantzas, Nikos. (1981). *Estado, poder, socialismo*. México: Siglo XXI.
- Quintero Rivera, Angel. (1979). *Conflictos de clase y política en Puerto Rico*. Río Piedras: Huracán.
- Quinteros, Walter. (1996). La UPR y los límites de una modernización subalterna. *Bordes* 3.

- Rivera Ramos, Efrén. (1996). The Legal Construction of Colonialism: The Insular Cases (1901-1922). *Revista Jurídica* (Universidad de Puerto Rico) 65:2.
- Román, Madeline. (1994). *Estado y criminalidad en Puerto Rico*. Hato Rey: Publicaciones Puertorriqueñas.
- Rúa, Pedro Juan. (1978). Puerto Rico, ¿colonia clásica? En *Bolívar ante Marx y otros ensayos*. Río Piedras: Huracán.
- Sánchez, Daisy. (1996a). *Cita con la injusticia*. San Juan: DG.
- Sánchez, Daisy. (1996b). En todas partes el dinero del narcotráfico. *Diálogo* (noviembre).
- Sonnenfeld, Barry. (1997). *Men In Black (Protecting the Earth from the Scum of the Universe)*. Columbia Pictures.
- Taller de Formación Política. (1982). *La cuestión nacional: el Partido Nacionalista y el movimiento obrero puertorriqueño*. Río Piedras: Huracán.
- The San Juan Star*. (1998). Criollo TV Makes a Comeback. 30 de julio.
- The San Juan Star*. (1997). Despite Mall Boom, Developers Say There's Still Room for Growth. 9 de febrero.
- Torrecilla, Arturo y Carlos Pabón. (1995). La clase obrera de Marx ¿para qué? En *El espectro posmoderno: ecología, neoproletariado, intelligentsia*. Hato Rey: Publicaciones Puertorriqueñas.

RESUMEN

Este escrito invita a apreciar el argumento de los anexionistas de Puerto Rico y de políticos y funcionarios del gobierno de Estados Unidos, de que la Isla está lejos de ser una nación en lo geopolítico y en el sentido normal de la palabra en el mundo moderno, aunque sea una entidad cultural, un pueblo o una "nacionalidad" distinta a Estados Unidos y a los demás países. Al abordar la cuestión, se evita la inclinación positivista que supone una verdad objetiva independientemente de quien la ve—o sea, la construye—a la vez que se admite la realidad objetiva como resultante del orden social dominante y global. Muchas de las premisas y conclusiones esenciales del autor están en el extremo opuesto de las de los líderes anexionistas y funcionarios norteamericanos. Sin embargo, por estos líderes y funcionarios expresar el punto de vista dominante del modo de producción y las ideologías que rigen al mundo, indican un realismo que a veces falta a quienes quisieran una sociedad diferente aunque no haya el movimiento social real para producirla. Este punto de vista se aproxima con el mayor realismo posible a la sociedad y la cultura puertorriqueñas para poder transformarlas, es decir, para crear efectivamente una nación; y una nación distinta a la del modo de producción y la ideología que rigen al mundo. [*Palabras clave:* nacionalismo, anexionismo, movimientos sociales, status político de Puerto Rico, cultura popular.]

ABSTRACT

This essay reassesses the argument made by Puerto Rican annexionists and U.S. politicians and government officials that the Island is far from being a nation in geopolitical terms and in its normal sense within the modern world, even though it might be considered a cultural entity, a people, or a nationality distinct from the United States and other countries. In order to approach this question, the author avoids the positivistic inclination that presupposes an objective truth independently of the subject that observes or constructs it, while admitting an objective reality resulting from the dominant and global social order. Many of the author's essential premises and conclusions are in the opposite extreme of those advanced by annexionist leaders and U.S. officials. However, because these leaders and officials express the dominant viewpoint of the mode of production and ideology that rule the world, they indicate a realism often missing from those who would want a different country despite the absence of a real social movement needed to produce it. This perspective approaches Puerto Rican society and culture with the maximum realism possible, in order to transform them, that is, to effectively create a nation, distinct from the mode of production and ideology that rule the world. [*Keywords:* nationalism, annexionism, social movements, political status of Puerto Rico, popular culture]